

Legado y desafíos para la nueva gestión económica

Juan Luis Bour, economista jefe de FIEL

Diario Perfil – 4 de diciembre de 2005

En los últimos tres años, aprovechando la capacidad instalada que estaba disponible a la salida de la crisis, con la inesperada ayuda de un contexto externo muy favorable (alto crecimiento mundial, precios record para nuestras exportaciones, y un retorno de los capitales a la región), y al amparo de políticas fiscales y monetarias expansivas, la Argentina recuperó el nivel de actividad perdido entre 1999 y 2002. Ahora la situación está cambiando, y ya no se puede forzar la expansión en “piloto automático” sin riesgo de caer, tarde o temprano, en un proceso de inflación y bajo crecimiento.

Dejando de lado por un momento los cambios en la economía mundial, el primer problema que se enfrenta es que el Gobierno no ha logrado crear hasta el momento un *clima de negocios favorable a la inversión*. No es que las empresas no generen caja. Desde la devaluación, en efecto, mejoraron sus ingresos y las ganancias, en especial entre las empresas industriales, pero aún así se invierte poco por la incertidumbre que persiste sobre cuestiones muy básicas. Las preguntas son: ¿qué nuevas restricciones se impondrán sobre los precios? ¿cómo garantizar que un contrato que se firma, se cumpla? ¿qué nuevo sector será demonizado y castigado, por ejemplo, con nuevos impuestos o aumentos en las retenciones a la exportación? ¿quién negociará salarios y condiciones laborales “en nombre de la empresa”? Todas estas son cuestiones extraordinarias ajenas al negocio, que hacen que muchos decidan esperar, antes que invertir (a pesar de que hoy haya ganancias).

En ese clima de incertidumbre sobre lo que los economistas llaman el *conjunto de instituciones económicas y jurídicas básicas*, la inversión demora en aparecer en la Argentina por un segundo factor: hoy las empresas industriales gozan de suficiente protección (alto tipo de cambio) que las exime de hacer esfuerzos por mejorar su productividad. Así como la productividad de la industria creció 7% anual entre 1990 y el año 2001, justamente cuando mayor era la presión competitiva, esa productividad creció un modesto 2% en los últimos tres años. ¿Cuál es el riesgo que se enfrenta? Que presionado por aumentar la inversión, el gobierno prefiera en lugar de mejorar las instituciones y aumentar competencia, ir por el camino más fácil de darle incentivos a la inversión para compensar la incertidumbre. Este último sería el peor camino, tanto en términos de eficiencia como de equidad.

La segunda cuestión que enfrenta hoy la política económica es sin duda *el problema de la inflación*. Hasta ahora la prioridad fue mantener una alta tasa de crecimiento, sin preocuparse seriamente por la inflación. La política fiscal fue expansiva (el gasto público primario creció 31% en octubre), junto con la política

cambiaría y salarial, sin contrapeso de la política monetaria. Con ello no es de sorprender una inflación de dos dígitos creciente. El argumento de que los aumentos de precios se explican por cartelización de la oferta, revela ineptitud analítica o intencionalidad política. Casi todos los precios son los que suben tal como surge de calcular un Índice de Difusión de los precios definidos como el “núcleo” del índice: el 85% de los productos muestra sistemáticos aumentos. El problema de la inflación requiere un tratamiento urgente con los diversos instrumentos disponibles: monetarios, fiscales y de coordinación de expectativas, evitando generar señales negativas para la inversión y una nueva caída de los ingresos reales e la población, y un deterioro de la distribución del ingreso. Los parches de corto plazo sólo postergan el momento en que deberán asumirse las decisiones, y coordinan negativamente las expectativas para el día después.